





Mónica Ríos nació en Santiago de Chile en 1978. Estudió Letras en la Universidad Católica de Chile y es Magíster en Literatura por la Universidad de Chile. Ha publicado los ensayos *La escritura del presente* (Ediciones UDP, 2008), sobre el cruce de la literatura con el guión de cine, y *El cine de mujeres en postdictadura* (Ediciones del CNCA, 2010), en coautoría. Escribe regularmente notas de crítica literaria para Sobrelibros.cl, ha publicado cuentos en la compilación *Lenguas (dieciocho jóvenes cuentistas chilenos)* (JC Sáez Editor, 2006) y en revistas, además de una obra de teatro. Durante 2005 llevó a cabo la investigación Archivodramaturgia.cl, y desde 2008 ha trabajado en el sitio web patrimonial Memoria Chilena. En 2010 codirigió, junto a Simone Pavin, *La burbuja*, largometraje con guión de su autoría. Practica la docencia universitaria sobre el guión de animación, de televisión y de cine. Desde 2008 es fundadora y editora, junto a Carlos Labbé, de esta casa editorial, Sangría.



SEGUNDOS

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 3

MÓNICA RÍOS

SEGUNDOS



© Mónica Andrea Ríos Vásquez
Nº 171.287
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-07-4

© Derechos reservados para esta edición:
2010, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Pilar García y Carlos Labbé
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición digital se terminó de imprimir en mayo de 2010
en Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

1.....	15
2.....	35
3.....	49
4.....	91
5.....	109
6.....	129
7.....	161
8.....	189



Para Carlos y Horacio



No sé bien por qué quieren entrar en la historia de Colling ciertos recuerdos. No parece que tuvieran mucho que ver con él. La relación que tuvo esa época de mi niñez y la familia por quien conocí a Colling, no son tan importantes en este asunto como para justificar su intervención. La lógica de la ilación sería muy débil. Por algo que yo no comprendo, esos recuerdos acuden a este relato. Y como insisten, he preferido atenderlos.

Además tendré que escribir muchas cosas sobre las cuales sé poco. Pero no creo que sólo deba escribir lo que sé, sino también lo otro.

Felisberto Hernández





El guardián estaba como siempre encorvado junto a las rejas, bajo los abetos, parado justo al borde del terreno como si fuese una gárgola espantada por las huestes angélicas. Desvié lentamente mi mirada de la suya mientras mis pies se apoyaban cuidadosamente sobre la arenilla, el cemento y la cerámica arrimándose a los calefactores que apenas cumplían su objetivo. Inaudibles cruzaron el pasto, pisaron la piedra y bajaron las escaleras hasta encontrarse con un remolino de voces de mujeres, casi niñas. Una de ellas se acercó a mí para advertirme que no me cambiara a su lado —apuntó hacia una esquina— porque era puta; la habían visto ponerse los calcetines antes que los calzones.

Entré al baño y me enfrenté al espejo. Unas voces venían desde una de las cabinas cerradas. Eché mi pelo hacia atrás con un cintillo pasado de moda, despejándome la frente y los ojos. Dos muchachas salieron desde la misma cabina, no notaron mi presencia. Hablaban de un estudiante, uno que ya había egresado y que yo conocía por las referencias de la Guerra y la

Hanna Suyuki, y por las historias que me contaba Sergio. Pude entender, además del nombre, la palabra muerte, justo antes de que un golpe seco contra las baldosas llamara nuestra atención. Una cajita yacía medio rota bajo una de las cabinas, desde ella se elevaba un polvo color carne y pedazos de espejo se esparcían por el suelo. Unos dedos gordos se asomaron bajo la puerta de la cabina y agarraron torpemente el objeto deshecho. Las carcajadas resonaban en el techo alto aún después de que las dos muchachas estuvieran en el pasillo. Yo me quedé, había reconocido esa mano.

La dueña de la cajita se asomó para comprobar si estaba sola. La quise saludar, pero me callé. Esa cara no era la que yo conocía, aunque se asemejaba de manera perversa a Yanidra Espejo. Ella trató de actuar con normalidad al percatarse de que sólo quedaba yo en el baño. «Eres tú, Mariana», me dijo. Habló inusitadamente fuerte sobre los moretones de su cara. La vi corregir los morados, verdes, cafés y rojos que todavía le quedaban en la quijada para dilatar el tiempo dentro del baño. Sonó la campana. Salí tratando de escudar la cara nueva, pero eso no evitó que las respiraciones se detuvieran por un segundo mientras Yanidra hacía el estreno de sus flamantes facciones con ademanes grandilocuentes. Caminó por el pasillo a medida que las burlas se fueron amontonando. Entre los surcos que dejaban las lágrimas

en sus mejillas, manchando el cuello de su camisa blanca, Yanidra se decía que lo peor ya había pasado, que los otros, como ella antes, se acostumbrarían a su barbilla angosta y a sus pómulos asiliconados.

La noticia se dispersó rápidamente en el camarín de las mujeres. Entró la profesora con la cara empapada y los ojos colorados. Vino a avisarnos que debíamos vestarnos porque la clase se había suspendido y, en vez, debíamos atender a una asamblea. En ese momento una niña le preguntó callada si era verdad que Denisse Vuskovic se había suicidado. Yo no la había conocido mucho, pero sabía quién era, todos en el colegio sabían quién era. Recuerdo un día que la Hanna apuntó hacia donde estaba ella y «esa», dijo, «es la que está pololeando con Nicolás Owen».

Nicolás Owen, el del cabello que brilla al sol, el de los pectorales de oro. Era perfecto, contaban: sus ojos, sus manos, el color de su piel, la suavidad de sus labios. No sólo era perfecto por fuera, también realizaba sin faltas desde elaborados problemas de matemáticas hasta su rol de capitán en el deporte que fuera. Su vida no había sido fácil, pues sus padres se habían separado cuando él era niño aún y desde entonces su padre vivía en otro país. Esa historia hacía que esos dientes sospechosamente blancos aparecieran en toda su vulnerabilidad, dotándolo de una belleza sobrehumana. Era simpático, buen conversador. Hasta le dirigía la palabra a Sergio.

De pequeña Denisse había sido muy amiga de Sergio, incluso cuando alguien escribía en el quiosco «Sarfati turco de mierda». Parados frente a los rayados, ella solía decir que era como si quisieran ofenderlo llamándolo argentino o peruano o chino, que quién se va a ofender por eso. Pero eso no quitaba que el insulto directo llegara a la nariz de Sergio, a su piel demasiado blanca y a su lunar en medio de la mejilla izquierda que el pelo negro no podía esconder.

Ese día todas supimos que hablaba de esa Denisse, la única que todas identificábamos, la única por la cual esa profesora derramaría lágrimas.

Una vez estábamos sentadas en unas bancas con la Guerra y la Hanna Suyuki mirando una gran cancha de fútbol de pasto. Vi a Sergio sentado tres bancas más lejos; tenía los audífonos puestos y no escuchaba nada de lo que decía el Guatón Trabucco. Me senté a su lado y él, con su usual suavidad, se sacó los audífonos, me regaló una leve sonrisa. Me dijo que estaba obsesionado con alguien que nunca lo iba a querer de vuelta. Pronto noté que los ojos de Sergio estaban pegados en ella. Conversaba en la mitad de la cancha con otros tres como si estuviera borracha y, a la vez, no podía dejar de parecer parca, calmada y distante. Las pelotas de fútbol se las arreglaban para pasar por el lado del grupo sin tocar a nadie.

Sergio me contó cómo, cuando entró al colegio en primero básico, él y ella se venían todas las mañanas

juntos en el auto de su papá, un Volvo azul marino. Como vivían cerca, parecía natural que fueran amigos y que Denisse se fuera todas las tardes a la casa de él. Se imaginaba a la mamá de ella acercándosele a su papá en una reunión de colegio, con su andar sinuoso, para pedirle si podía llevar y traer a su hija. Se imaginaba también a su papá asintiendo torpemente mientras escuchaba las quejas de Raquel sobre lo terrible que era la separación y eso de tener que hacerse cargo por completo de la niña; ella, que era todavía una mujer joven. Se lo imaginaba porque él escucharía tantas veces lo mismo después en la casa de Denisse.

Cuando llegaron a cuarto básico, las cosas empezaron a cambiar. Denisse se volvió precozmente independiente y empezó a tomar micro para ir al colegio. Muchas veces se perdía en el camino. Sergio le preguntaba al día siguiente con ingenuidad si había estado enferma. En quinto básico Denisse se puso cruel con él. La buscaba con sus ojos y ella lo notaba; también lo notaban sus amigas. En esa época era común que le llegaran balines hechos de papel y saliva arrojados a través de un lápiz bic. Si Sergio miraba hacia atrás, no había realmente nadie a quien culpar, nadie contra quien sacarse la rabia. Al final se la sacó consigo mismo: le empezaron a salir unos zarpullidos rojos en el cuello que le picaban con intensidad y que se le esparcieron

rápidamente a la cara. A la vez, todas las mucosas del cuerpo empezaron a supurar: mocos, saliva, pollos, sudor, lágrimas. Así pasó un año. Se mejoró en vacaciones, pero de vuelta ya en el colegio le volvió la alergia en las piernas y en las ingles. Sergio era el único de su clase que hacía deportes con buzo largo y se cambiaba de ropa en los baños cerrados del camarín.

Mientras, Denisse actuaba cada vez con mayor malicia. Una vez lo acorraló con sus amigas y empezó a preguntar quién le gustaba. Sergio suplicaba con la mirada, mientras sentía que su estómago lo iba a traicionar. Se abrió paso entre las risas de las niñas mientras corría al baño.

Sin embargo, él no pudo dejar de quererla. Tal vez la odió algunos días, lloró en su casa, pero la pena y la vergüenza se disiparon pronto. No fue capaz de dejar de mirar cuando Denisse pasó por distintos colores de pelo, cuando se puso un aro en la nariz y hubo una confabulación entre los profesores para que se lo sacara. Tampoco dejó de mirarla cuando las tetas le crecieron por fin, ni cuando las caderas se le ensancharon apenas. Un día, en el mismo lugar donde estaba sentado ahora, al lado del Guatón Trabucco, vio a Denisse hablando con Nicolás Owen. La pareja se dio cuenta de la mirada insistente de Sergio. Denisse le gritó insultos, Sergio no reaccionaba. Hacía ya tanto que la interacción con ella

había cesado que verla venir fue igual que ver a Bruce Willis en la televisión. Denisse estuvo medio minuto increpándolo: le dijo que parecía un retrasado mental, que se le estaba cayendo la saliva. Luego hubo un silencio en que ella esperó, pero Sergio no profirió palabra.

Finalmente, Denisse dejó de notarlo. Más bien adoptó la actitud de quien hace caridad. Al parecer la de Sergio no era la única mirada que se volvía hacia ella. Denisse y sus amigas eran, sin duda, hermosas e inalcanzables mujeres. Ese mismo año en que Denisse se puso a pololear con Nicolás Owen, Sergio repitió el curso.

El sábado nuestros cuerpos languidecían a las cuatro de la tarde frente al televisor. La Guerra leía la *TV Grama*. Cuando acometió con el control para ver Much Music, protesté, porque la promesa era ver *Totoro*. No aceptaron, ni siquiera la Suyuki que recién se había conseguido la película. Llamé a Sergio.

Lo vi por la ventana del café; además de él no había nadie más ahí dentro. El local, asentado en una calle muy poco propicia para poner cualquier tipo de comercio, no ocupaba más de seis metros cuadrados. Al fondo había una barra donde una señora de rasgos viriles muy pintada leía un diario. Cuando entré, ella ni siquiera me miró. Sergio saludó con un gesto y a mí se me cayó la película que traía en la mano. La imaginación había

dibujado estos momentos miles de veces antes: «La mujer está guapísima sin saberlo, a la vez muy centrada. Él está totalmente enamorado de ella y la recibiría galán. El garzón, inevitablemente, se embriaga con la atmósfera amorosa». En cambio era sólo yo. Tuve que pararme por mi cuenta a pedirle un café y un jugo a la mujer, que no despegaba los ojos del diario. Mi saludo fue seguido de una indiferencia total. Esperé, me sentí estúpida y esperé otro tanto. Me senté nuevamente. Antes de traer mi pedido, la mujer cambió las canciones de Emmanuel a otra radio que daba un especial de canciones lentas de Otis Redding. Sergio lo lamentó, decía que Emmanuel le parecía un hombre inteligente, a pesar de la música que cantaba. Yo le dije que esa era una estrategia comercial que estuvo de moda hacía un par de años. La música de Emmanuel –ya nadie podía detenerme– era un espantoso sincretismo entre el bolero y la electrónica que de a poco o a ratos se ponía de moda en los círculos cultos como un intento de acceder a la imaginería popular. Sergio alegó que eso podría ser verdad cuando la obra en cuestión es de un músico o un pintor que tiene la intención de pertenecer a la alta cultura, pero no el producto de una –dudó– estrella cuyo lugar de exhibición natural es la televisión y las revistas de espectáculos. Y yo: debido a eso, a todas las manos que se metían entre lo que podría llamarse producto artístico y la audiencia –productores,

negociantes, marqueteros, gerentes, publicistas y mafiosos–, al final el producto difícilmente se parecía a lo que el artista había concebido, si es que había concebido algo. Sergio me interrumpió diciendo que el problema de las estrellas –ahora sin dudar– es que hace años que no pisaban la calle, las micros, los puentes, el pasto, que no tocaban un árbol ni –llegó a decir incluso– olían una flor silvestre; no conocían ya lo que era real, no sabían la medida de los cambios ni el tono de la verdad cuando era dicha. Menos mal que la llegada de mi pedido interrumpió su discurso. Me pregunté en qué momento Sergio había logrado cambiar el romanticismo fruncido con que yo llegara por una modorra irónica. La mujer que atendía el café puso sobre la mesa un vaso gigantesco de jugo de naranja y un sándwich de queso caliente. Agarré el pan sin alegar por la confusión en mi pedido.

Nos quedamos callados. Sergio miraba por la ventana echándose para atrás en la silla y con las manos cruzadas en su nuca. Sin querer, le miré su zona pélvica: tenía un bulto más grande de lo que imaginaba. Traté de quitar la vista. Me concentré en mi sándwich y escuché la radio. Hasta que él rompió nuestro silencio.

–¿Qué vas a hacer?

–Te iba invitar a ver *Totoro*. Se la quité a la Hanna, mira.

–No puedo. Es el cumpleaños de la Denisse.

—¿Te convidó? —se me salió por la impresión.

—¡Claro! —gritó—. Ya te dije que me invita todos los años.

Lo más obvio era que no lo invitara después de la fiesta del año pasado. Tampoco creía que fuera la mejor idea que Sergio, como estaba ahora, se expusiera a una situación como esa. A mi entender ella necesitaba tener algún tipo de vínculo con su infancia y Sergio era lo que tenía más a mano. Pero no le dije nada.

El año pasado a ella le habían celebrado el cumpleaños en la casa de Algarrobo de la familia de Nicolás Owen, una casa con estructura de madera y piedras que seguía hacia el cielo en una carcasa blanca y tejas rojizas. Cuando llegué con Sergio, dos gigantes en la puerta no nos dejaron pasar. Si no hubiera sido por la oportuna aparición del dueño de casa, que iba entrando con unas cajas llenas de botellas, nos quedábamos afuera. Owen saludó a Sergio amablemente, invitándolo a pasar, y comenzando una conversación sobre la casa. El espacio había sido dispuesto para albergar a mucha gente, sesenta o cien personas. Todos los objetos frágiles o valiosos habían sido guardados, incluyendo varios cuadros, cuya ausencia dejaban ver el color original de la pintura de la pared. Sergio hablaba con Nicolás Owen mientras extraían las botellas, las dejaban sobre la mesa y servían vasos llenos a los pocos que ya habían llegado.

Las diez personas que estaban ahí subían y bajaban las escaleras. Vi a Sergio buscando nerviosamente con la vista hasta que preguntó por la cumpleañera. Denisse venía desde Santiago. Nicolás dijo que la tuvieron que convencer, porque no quería celebrar su cumpleaños y prefería quedarse en su casa con Guillermo Li Pérez. Sergio empezó a elucubrar que eso tenía que ver con su signo zodiacal. Yo arranqué escaleras arriba. Ahí me topé con unos compañeros de curso, con los cuales no quería entablar conversación.

–Miren quién está aquí –gritó Salvador Stäbler.

–La Marrana Fuenteseca –dijo Tito Álvarez. Parecía imposible que a un tipo tan musculoso y grande le dijeran «Tito». Me llamó la atención que Stäbler le golpeara el brazo.

–¿Ahora te dicen qué hacer? –dije yo entre dientes mientras trataba de pasar.

–No se puede subir –Stäbler me agarró el brazo–. Hay que saber la contraseña.

Bustos golpeó la baranda como si fuera una puerta.

–¿Quién es?

Mi indiferencia se notó impostada y mi candidez me delató con un rubor tipo Heidi que se me subió a la cara.

–Entonces no puedes subir –dijo al fin Álvarez.

–Si igual no le hace –se notaba el esfuerzo que había hecho Esteban para proferir esa frase que iba

supuestamente en mi defensa. Me sorprendió, siempre había creído que era un tipo sin personalidad.

–Pero ella puede ser paco –dijo Tito.

Stäbler se acercó a mí. Mucho. Tenía rico olor.

–No, no es.

Pasé por su lado sin decir nada. Sentí curiosidad.

La casa era grande. Abrí la primera puerta, era el baño. La segunda tuve que cerrarla rápido: vi a las amigas de la Denisse, las que le habían organizado la fiesta, mirando una televisión desde donde sonaba música. Fumaban una pipa de agua que infestaba el lugar con su neblina. La tercera puerta estaba abierta y la pieza solitaria. Ahí, sobre una mesa larga, había un computador y dos azucareros. Los abrí automáticamente. Me chupé el dedo, lo metí. No era azúcar. Entró Stäbler a la pieza.

–No hagas eso –me dijo afirmándose sobre el marco de la puerta. Parecía una línea de diálogo sacada de una película de bajo presupuesto.

–¿Me vienes a vigilar? –salté. Sin querer le había seguido el juego.

Tomó la tapa del azucarero de mi mano y lo puso en la mesa.

Abrió un frigobar que había en el lugar. Saqué una de las tantas botellas de agua. Stäbler abrió el otro azucarero, había unas cápsulas. Se puso una en la boca

y me extendió otra a mí. Me la tomé con el agua. Sobre la mesa, hizo unas líneas.

Aspiró y me pasó el tubito. Yo limpié la parte que él se había metido a la nariz. No quería demostrar que esto nunca lo había hecho, y no fue difícil. Pasó su mano por el resto del polvo y se lo pasó por los dientes. Hice lo mismo. Me senté en un sofá y empecé a hacer cosas con las manos, como si alguna vez hubiera tocado batería. Conversé con Stäbler, luego con algunas otras personas que llegaron hasta esa pieza. Todos se echaban cosas a la boca y hablaban fuerte. No dejaba de tomar agua, luego cerveza. Así estuvimos mucho rato conversando. Esa vez me impresionó todo lo que Stäbler sabía sobre poesía y música clásica. Nunca pensé que a él le gustaran esas cosas. Me dijo que había sido gracias a la influencia de su abuelo, pero ahora que se murió no le interesaban esas cosas. Dijo: «Son palabras, puras huevadas que se funden con la bruma». Mi cuerpo, desacostumbrado al alcohol y las drogas, se dio cuenta lentamente de que estaba hablando con el tipo que barría el piso con Sergio, el que le había destrozado el hombro. Era hábil. Me paré de repente, en vaga posesión de mis facultades, y salí de la pieza. Stäbler estaba en la mitad de una frase.

Busqué a Sergio desde la escalera. No sabía cuánto rato había pasado, la casa estaba repleta de gente y apenas se podía pasar hasta la cocina. Había tres personas

que bailaban torpemente. «¿Acaso no saben que eso ya no se hace?», dije a la pasada. Miraba las caras con indiferencia; recuerdo haber sentido entonces un amor incontenible hacia mí. Detenida entre la gente, se me coló un pensamiento: los años en que iba a jugar a un parque, un campo de juegos para niños grande y cercado. Jugábamos fraternalmente hasta que un día un niño con un nombre singular y cara de oso grizzly se hizo famoso por sus cachetadas de niño retardado. En poco tiempo logró formar una banda de niños uno o dos años menores que él, quienes lo seguían formados hacia atrás en forma de uve. Trataba de hacerme el ánimo de entrar a la casa de muñecas y jugar al papá y a la mamá, o integrarme a las rondas, pero para eso se necesitaba una relación especial con una mujer obesa que precedía a las niñas. Así que a veces caminaba por senderos poco concurridos, mientras me miraba los pies. En una ocasión me encontré frente a frente con la banda del oso grizzly. Recuerdo la cara de cachetes caídos del líder ocupando todo mi campo visual, muy cerca de mí, odiándome. Tenía sus brazos en la cintura, trataba de ser amenazante, movía sus labios. No me acuerdo de haber sentido miedo, si acaso le contesté con tanta normalidad que la cachetada que recibí me hizo dar vueltas como un trompo. Me dejó sin habla y en el suelo por la sorpresa. De lo que sí me acuerdo es de haber respondido a las preguntas que me hacía la mujer

obesa, sintiéndome al fin segura. También me acuerdo de cómo ella no le dio importancia al asunto y ese mismo día premió a ese mamífero con una estrella roja en una tabla fabricada especialmente para estimular al niño malo.

La búsqueda de Sergio entre la gente de la fiesta me mantenía ocupada. Chupando mi botella de agua, caminé hacia el patio y recorrí los senderos. Su cara se confundía con las que había efectivamente en los escondites. Entre los eucaliptos, los peumos, los jacarandás, los poyos, fuentes y arbustos en vez de Sergio se me apareció Stähler de nuevo, una cara perfecta, hermosa incluso. Estaba solo y él así me daba más miedo que cuando estaba con sus amigos. Lo vi mover los labios, decir algo, adelantar las manos, tomarme la cabeza, acercar su cara, respirar sobre ella, poner sus labios abiertos contra los míos, dejarlos ahí un tiempo, tocar mi nariz con su boca, echarse hacia atrás. Le tomé las manos y me las quité de encima, con menos fuerza de lo que hubiera creído. Caminé hacia la casa trastabillando. Pasé entre por lo menos cuarenta personas, subí al segundo piso, aspiré más. Había caras vueltas hacia mí, creo. Bajé las escaleras. Tomé un vaso de cerveza de un solo trago. Me serví otro. No había comido nada desde hace mucho rato, pero lo que había sobre la mesa me dio asco. Un tipo me empezó a conversar, su amigo se nos unió. Me reí de sus peinados cuidadosamente desordenados. Entonces lo vi.

Sergio esperaba mi respuesta mientras tomaba su café. No sabía qué decirle. Yo tragué lo último de mi pan con queso.

—Cuando era chica fui en el auto de la Guerra al cumpleaños de una niña que usaba una parte del pelo tomado con un elástico fucsia en la corona de su cabeza. Otras veces usaba un moño al lado. Yo no era muy amiga de ella, pero como vivía cerca de nosotros a veces la mamá de la Guerra nos llevaba a todas a nuestras casas. En el cumpleaños lo estaba pasando mal, así que me fui a jugar Nintendo. De repente empecé a escuchar unos gritos en el primer piso. En la cocina había veinte niñas paradas frente al refrigerador, algunas se tapaban la cara con las manos, otras daban unos chillidos parecidos a los de un ratón. Una me dijo que algo había allí, dentro del refrigerador. Las niñas gritaban más, pero no hacían nada. Estaban sorprendidas, fascinadas, pero sólo se escuchaban sus buajs y qué asco. Me metí entre el perfume rosado de las niñas. El refrigerador estaba vacío y era de un blanco reluciente, como si se hubiera encendido un foco sobre mi cara. Desde el fondo del refrigerador se distinguió de repente una mancha negra, un ser que ninguna de nosotras había visto antes. Una cría de murciélago, no sabíamos cómo, se había metido en el refrigerador de la Tobar. Se reían del animalito asustado. La Tobar daba unos saltitos desesperados. La escuché decir «hay que

matarlo» y se lanzó a buscar un insecticida. Yo alargué mis brazos y tomé al murciélago. Estaba muy frío. Las niñas estaban calladas, incluso se aguantaban la respiración. La Tobar empezó a gritar de nuevo y apretó el spray que, en parte, me llegó a mí. Caminé hacia fuera, las garritas del murciélago me pinchaban las manos. Entre las vetas brillantes vi lo que podía ser un ojo moviéndose sin parar, como el de alguien soñando. Las niñas, ahora atrás mío, se reían nerviosas. Llegué hasta la calle, me subí a una banca y apoyé el pie en el tronco de un árbol. Quise dejarlo protegido entre las ramas y la sombra, pero el animal se aferraba a mi mano y mostraba unos dientes dracúleos. Al fin lo sacudí. Todas nos quedamos ahí, fieles frente a la aparición. No se habló de otra cosa a lo largo de esa tarde. Tampoco dejaban de hablar de mí y de mirarme desde lejos.

—Si no quieres ir, no me restriegues en la cara lo que pasó el año pasado.

No sabía cómo recordarle que en la fiesta de cumpleaños del año pasado yo había tenido que parar sus gritos ensañados hacia Álvarez, levantarlo cuando le pegaron, limpiar el vómito que desparramó en la alfombra de Owen y cargarlo hasta la playa para que se le pasara. Tampoco le dije que lo hice con gusto. Que le limpié la boca, que le di agua toda la noche y un beso en el cuello cuando él ya estaba borrado.





El jueves en la tarde pensé en ir a ver al viejo. Era una persona solitaria, ya sus amigos habían muerto y poca gente lo aguantaba. Estuve parado frente a él un buen rato. Me miraba confundido, sin saber si era su hijo, su nieto o él mismo en otra época. Finalmente dijo «Asiento, joven».

La conversación fue difícil. Él estaba viendo un programa de noticias que intercalaba con el canal español donde había una mujer gritona que trataba de moderar una discusión y miraba todo con la boca un poco abierta. De un momento a otro, una de las participantes del programa se lanzó sobre su interlocutora, las otras tres discutían y no pasó mucho rato para que se empezaran a empujar ellas también. Finalmente, las cinco estaban en el suelo. Yo me reí. Mi abuelo, sentado frente a mí, se dio vuelta, serio, y apagó el televisor. Mientras refunfuñaba algo que no entendía se sentó en un sillón, tomó sus anteojos, un libro y se puso a leer. Al rato me miró por encima de sus anteojos. Me vio nervioso, callado y aburrido. Con su acento me preguntó si acaso yo no

leía. Le dije que no con la cabeza y me preguntó si acaso tampoco hablaba. El viejo me lanzó un libro grueso que no alcancé a agarrar y luego otro libro pequeño: uno era un diccionario y el otro una versión bilingüe de poemas de Hölderlin. Así fue como empecé a aprender el idioma que hablaba mi abuelo.

Mientras traducía, el viejo me vigilaba. Su piel en esa parte alrededor del ojo se empezaba a poner colorada. Entre más me miraba, más roja se ponía. Mi abuelo tenía un segundero en su piel. Me tomó un poco más de seis meses lograr una traducción aceptable de un solo poema de Hölderlin. Ahora que lo releo pienso que mi abuelo me lo dio a propósito. Elegí el poema «Heimkunft/An die Verwandten» porque era el que más anotaciones tenía a los lados y algunas palabras tenían posibles traducciones con una letra manuscrita que no era la del viejo. Durante tres meses leí el poema una y otra y otra vez. Cualquier espacio libre que tenía iba a la casa de mi abuelo, me sentaba en la misma silla frente a la cual encontraba todo tal como lo había dejado. Después me empecé a llevar los libros conmigo, resolvía acertijos poéticos en cualquier parte, en la micro, mientras veía televisión, en clases. Mientras Carmona hablaba sobre el siglo XIX y Giuseppe Garibaldi, resonaba en mi cabeza «Drim in der Alpen...» como una cancioncita. Comencé, incluso, a faltar a la práctica de fútbol por llegar a estar

un par de horas más con ese poema, en ese espacio, el mío y del viejo.

A veces, como si el viejo escuchara mis pensamientos, decía «Was der suchest, es ist nahe, begegnet dir schon». Me obligaba a volver al poema, buscaba el verso y me cercioraba de que no tuviera ninguna relación conmigo si era antecedido por «Freilich wohl! Das Geburtsland ist, der Boden der Heimath». A primera hora de la mañana iba a la biblioteca a mirar un Atlas. Tracé un círculo en el sector que limitaba con Lombardía por el sur. Ese mismo día Carmona habló sobre las guerras de unificación. En la siguiente visita a la casa de mi abuelo le dije que había algo en el aire. «Es la nube», me respondió, haciendo una clara alusión al poema. Me incentivó a buscar las alusiones a la naturaleza. Al lado de las palabras impresas, las escritas a mano decían que en una singular concordancia con la ausencia factual de un Él, la naturaleza, el territorio, la tierra, olían a sagrado.

Esa noche pasé tiempo solo en mi pieza sin poder quitar de mi cabeza el «Drim in der Alpen» y el «Freilich wohl» tal como había salido de la boca del viejo. ¿Podía la palabra tener esa fuerza? Siempre la consideré banal, pasiva, pero en ese momento me hallé sofocado. Sucedió que los días siguientes no me atrevía a hablar y eso que siempre me consideré un talento para la persuasión. Pero ahora la palabra me enfrentaba. ¿Acaso la palabra

no se desvanece en el aire? «Es la nube». Es como si se atreviera a estirar el tiempo, como si la búsqueda a la que se refiere el poema no estuviera en otra parte que en el sonido de las palabras que retumbaban como ecos de campanas adquiriendo simultáneamente voluntad propia. Era la nube.

Unas semanas después hallé los siguientes versos: «Aber das Beste, der Fund, der unter des heiligen Friedens/Bogen lieget, er ist Jungen und Alten gespart». La casa de mi abuelo, entonces, adquirió un sentido especial: estar entre esas paredes era como ser mecido en una cuna. Esa tarde mi abuelo leyó de un cuaderno: «El tiempo del hallazgo es la edad del mundo en que falta un dios». Remecido hasta despertar, me perdí y me encontré. Mi abuelo me debe haber visto, porque me dio unos golpecitos en la espalda con su bastón sin pararse de su silla. Me dijo que no me exaltara.

Le contaba a Esteban en una esquina del patio, por detrás del quiosco, lo de mi abuelo. Él se hacía el indiferente, pero me escuchaba, así que estúpidamente me puse a recitar algunos de los versos que me había aprendido. No me di cuenta cómo le había cambiado la cara cuando miró por sobre mi hombro, unos momentos después unas risas me alertaron. Álvarez se acercaba tapándose la boca con el antebrazo, que luego puso en mi espalda. Me mostraba a sus amigos mientras mascullaba

algo como maraca. Más tarde entré al camarín con la cara de Álvarez aún penándome. Cuando lo vi, sin contenerme lo agarré y lo lancé contra la pared, le pegué una, dos veces. Iba por el tercero cuando alguien me tiró hacia atrás, lo que le dio tiempo a mi contrincante de ponerse en guardia. Me botó al suelo, me dio dos patadas, una en las costillas y otra en las piernas. Me levantó y me lanzó contra las perchas. Sentí como una se me enterraba en la escápula. Luego Álvarez y Bustos se tiraron encima mío. Después se fueron a entrenar. Yo me quedé allí, tirado, con la cabeza saliendo desde el camarín hacia el pasillo, tal como me habían dejado después de arrastrarme por todo el suelo mientras animaban al resto a que dejaran sus pies marcados en mi cuerpo. Por casualidad uno de los más grandes me vio y me ayudó a llegar hasta la enfermería. Me enviaron directo al hospital en ambulancia.

Fui al colegio dos semanas después con una costilla a medio sanar y varias heridas en la cara, los nudillos y las piernas. En la sala de clases mis compañeros me miraban y trataban de decirme cosas alentadoras, nada de las burlas que esperaba. Esteban me dijo que la pelea había sido toda una hazaña. Mi sorpresa fue inmediata, más aun cuando en el recreo Álvarez se acercó con un ojo en tinta a pedirme perdón. El que me había ayudado en el pasillo del camarín me miraba, estaba entre varios

amigos, todos muy altos. Él era el más bajo y miraba la escena sopesándola como director. Nos dimos la mano con Álvarez y el grupo que observaba se empezó a dispersar. Yo levanté un poco mi mano buena para saludarlo, pero él no me devolvió el saludo. Antes de que se fuera, le dije a Álvarez que si no lo hubieran ayudado seguro que yo le sacaba la cresta.

Unos días después de ese incidente, todavía con algunos parches sobre los nudillos, pedí en la biblioteca los anuarios de los seis últimos años. Ahí lo vi: se llamaba Ignacio Donoso. Hace seis años, en octavo, no era más que un niño flaco y enclenque que usaba el pelo hacia atrás y hacia el lado. Le venía a los anteojos que le daban un aire intelectual y medio oscuro, y a su ropa impecable. En una foto lo cubría un chaquetón un poco más largo y suelto de lo normal, casi hasta los tobillos. No pude encontrarlo en ninguna otra página de ese anuario. Dos años más tarde el cambio era notorio. Su cuerpo estaba más grande y fuerte. Su pelo estaba cortado casi al ras. Su cara de suficiencia no se le había ido, pero había adquirido un gesto un poco cínico. Dos años después de esa foto de niño enclenque, Donoso aparecía en las fotos de los equipos de atletismo y natación. En el anuario siguiente aparecía con la cinta de capitán de los equipos de fútbol y rugby. Ese año descubrí una foto única: en medio de la multitud disfrazada, en medio de volutas,

serpentinatas y challas, entre el alboroto, la mirada de Ignacio estaba serena y concentrada. Disfrazado con un traje negro, sombrero de copa, camisa morada, humita al cuello, la mano que sostenía el látigo sosegaba a un gigantesco león que se arrodillaba frente a él.

Los días siguientes estuve al acecho. Me sentaba a conversar con Esteban, pero mi mirada siempre buscaba a Ignacio. Difícilmente se lo veía. El respeto que inspiraba su decisión –no salir a exponerse bajo los focos del sol, en la arenilla y el cemento– era perfectamente comprensible: nacía de la repulsión que siempre había sentido por los otros, por su artificial y pasajera felicidad. Mirarlos era casi imposible; había que hacerlo durante mucho tiempo entrecerrando los ojos hasta que los contornos se aplacaran y se volvieran nuevamente invisibles, parte del paisaje. O si no los ojos eran atacados por largas cabelleras decoloradas, pieles expuestas mucho rato al sol artificial, siliconas moviéndose bajo la piel, narices chuecas y vueltas a su lugar gracias a una lima, kilos de cera sacando cada pelo del cuerpo, peluquerías, pedicuras, salones de belleza, gimnasios, probadores de grandes tiendas, sucedáneos proteicos, cremas autobronceantes, píldoras para adelgazar, dietas y zapatos de sesenta mil pesos del cuero de un animal parecido a una sopa en sobre.

A veces veía a Ignacio salir del edificio donde estaban las oficinas administrativas por una puerta pequeña

que estaba al final de una escalera que conducía a un subterráneo. Se acercaba a los otros integrantes del equipo que entrenaría en la tarde y, mientras se daban la mano, Ignacio dejaba un papelito blanco en sus manos. Además de los implicados, soy el único que alguna vez lo notó.

La semana siguiente la escena se repitió. Esta vez me había puesto más cerca y pude ver que el papel era más bien un bulto. Mientras trataba de dilucidar qué es lo que estaba viendo, uno de los amigos de Ignacio, uno de apellido italiano, le hizo ver que yo estaba al tanto. Le tocó el hombro y me apuntó. Los dos me miraron. Yo sabía que no debía mostrar interés. Aun así, mis ojos estaban pegados como si fuera una pantalla de televisión. Gracias a la risa de Esteban pude mover la cabeza y traté de concentrarme en la conversación.

Esa tarde me tocaba entrenamiento como todos los jueves. Mientras jugábamos, Álvarez y Bustos se me tiraban encima y, cuando salí de la ducha, me encontré frente a frente con ellos. La loza blanca estaba resbaladiza por el vapor de agua y contrastaba con los cuerpos sucios y vestidos de los dos hombres. Tratando de seguir ejemplos demasiado estetizados, Álvarez trató de amedrentarme inquiriendo sobre lo que había visto. Me acordé de mi hermano Andrés y de las historias sobre cuando jugaba póquer con sus compañeros de universidad. ¿Qué había en los paquetitos blancos que

fuera tan dañino? Ignacio Donoso podría estar dirigiendo algún tipo de tráfico. Difícil; eso sucedía todo el tiempo. ¿Qué clase de secreto requeriría los servicios de un mensajero? Peor aún, ¿qué clase de líder era si mandaba al más inepto? Después de esperar más de la cuenta, sólo pude tratar de abrirme camino golpéandolos en los hombros. Álvarez me agarró por detrás y me tiró su tufo en la cara. Traté de empujarlo y se me cayó la toalla. Álvarez me soltó. «Este no sabe nada», dijo.

El viejo me instaba a contarle todo lo que me pasaba en el colegio. Cuando lo hacía, me daba la sensación de que no me estaba oyendo, pero de repente dejaba caer una pregunta absolutamente pertinente, como si hubiera escuchado con más atención que la que yo prestaba para relatar mi historia. Me preguntaba por Donoso a cada minuto, cosas como su segundo apellido, quiénes eran sus padres y sus abuelos, cómo era físicamente. También me recriminaba por qué no le había dicho tal o cual cosa, por qué no le había asestado un golpe.

Una tarde después del entrenamiento estaba esperando en el paradero. En ese mismo lugar estaban Álvarez y Bustos. Estaban conversaba con una compañera de curso. Pasó una micro y todos desaparecieron. Saqué el libro de Georg Trakl que había rescatado de la biblioteca del colegio, donde no había sido tocado por años. Me cercioré de que nadie me viera y abrí el libro en una de las versiones de «Ocaso»:

*Cuando por nuestro verano vamos por purpúrea oscuridad
Surgen las sombras de tristes monjes ante nosotros.*

Cinco versiones de estos dos versos se acumulaban en las hojas. Los «tristes monjes» de la tercera versión eran «alegres santos» en las primeras dos y «ángeles difuntos» en la cuarta; en el quinto desaparecían. Asimismo, el «Áureo verano» se aflige en las versiones posteriores en «purpúrea oscuridad», «nuestra melancolía» y, en la quinta versión, está expresado a través de versos más escuetos. En todos ellos dos hombres, en acto de camaradería suicida, caminan hacia la futura muerte. Pero el último verso avisa que esas almas que van «hacia la medianoche» ascienden. En la segunda versión del poema dice «se vuelve negro el paisaje del alma». Un camino fatal e inevitable o deseado una vez visto. La primera versión se resiste a hablar directamente de la muerte y sólo se refiere al «ocaso del sol». Los dos hombres que «abrazados» se sumergen en «agua azul/ la oscura gruta de masculina melancolía». Camaradería masculina, los «viejos ayeres», recuerdos de antaño, un llamado de los ancestros, de los días felices.

Vi aparecer por el poniente a algunas personas, entre ellos a Ignacio. Guardé el libro, me puse de pie mirando las micros que pasaban rápido. Entre ellas apareció la 217.

Me subí, estaba casi vacía. La micro avanzó un poco, pero quedamos parados en la luz roja. Vi cómo Donoso se subía, pagaba su pasaje e iba directamente hacia donde estaba yo. Se sentó atrás mío. Todo parecía inadecuado para dirigirme a él, fuera de lugar. Podía sentir su mirada escudriñándome. Me quedé impasible como si nada de esto estuviera pasando. Dos hombres en camaradería soportando el silencio.

Fui hasta la puerta de adelante. Donoso se bajó por atrás. Me di vuelta sobre mis pasos y seguí por la calle. No lo miraba, pero sabía que él iba acechando a una distancia prudente. La secreta camaradería del zorro y el conejo.

Entré en la casa de mi abuelo, subí rápido y miré por la ventana. Ahí estaba. Prendía un cigarro apoyado sobre un árbol. Vi la cara de mi abuelo al lado de la mía.

—La similitud con Raimundo es notoria, notoria en verdad —fue lo único que dijo.





Ellos me miraban, yo a ellos. Tuve que verlos uno a uno para darme plena cuenta de que no era la misma situación de hace más de treinta años, casi cuarenta. No, no era. La imagen que mostraba el vidrio del mueble en la sala del director lo confirmaba: un pelillo blanco sobre mi cabeza rodeado de rizos abundantes y oscuros. A pesar de los muebles enchapados que había en la sala con un agradable olor a viejo no pude evitar acordarme del olor a barro.

Hacía ya un tiempo que había salido del Pedagógico, y había estado dando botes en liceos de Santiago, más bien aburrido, así que cuando me ofrecieron un puesto en el sur, en una localidad rural, me volvió la alegría. Me costó convencer a Clara. Ella me escuchó con paciencia y, creyendo que era su deber seguirme, lo hizo. Dos meses después nos casamos por la Iglesia como quiso su familia.

Llegamos un sábado de febrero por un camino que se asemejaba más a una huella abierta por el paso de carretas y bueyes. Nos detuvimos frente a una casa pequeña que

no alcanzaría a albergar la cantidad de cosas que traíamos. Cuando entramos nos golpeó un olor a humedad, a bosta y a sexo. Clara casi se puso a llorar mientras sacaba las cajas de libros del camión. Yo la calmé; no me había imaginado otro paisaje. Los vecinos del sector, avisados del arribo del profesor y su esposa, vinieron a ayudarnos, así, entre las mujeres y hombres, terminamos de armar la casa a las siete de la mañana del domingo. Cansada, Clara se echó a mi lado en el colchón y me dio las gracias.

Como las clases no comenzaban sino en un mes más, aprovechamos de armar un huerto. Desmalezamos, pusimos cercas, preparamos la tierra y plantamos papas, tomates, lechugas, zanahorias y algunas otras cosas que nos regalaron los campesinos. Incluso proyecté un invernadero que yo construiría a fines de marzo, con materiales sobrantes que recogería por ahí. Pero olvidé esos planes una vez que vi las condiciones miserables de la escuela. Las sillas y las mesas estaban sobre la tierra, en días de lluvia debíamos ir con botas de plástico y, los que no tenían —cuando hacía calor muchos de ellos llegaban a pie pelado—, se cubrían los pies con bolsas o simplemente se quedaban en sus casas. Todos los cursos se hacían entre las mismas cuatro tablas. La Marta, una mujer que se ocupaba de cambiar el pañal o de dar la mamadera a los pequeños, había organizado la clase en tres sectores de acuerdo con el nivel de los niños, cada

grupo miraba hacia una pared distinta. Así, mientras unos hacían las actividades que ella les daba, los otros recibían mis lecciones de historia y mis improvisados conocimientos en matemáticas y castellano. Incluso nosotros mismos tuvimos que organizar algunas clases de deportes. Les hacía practicar cualquier cosa, que jugaran fútbol más que nada, incluso las niñas. Con cada nueva dificultad que se solucionaba, Marta recordaba la falta que les hacía un hombre acá.

El segundo año volví de Santiago antes que Clara con la excusa de preparar la pieza para nuestro hijo, pero la verdad es que el mes que pasamos con los padres de Clara se me hizo insoportable. Apenas podía ver a Matías por las constantes atenciones que le prodigaba su abuela. A pesar de mis insistencias, me quitaba a mi hijo de las manos con una sonrisa indulgente cada vez que trataba de cambiarle los pañales, bañarlo o sacarle los flatos. Clara siempre estaba de acuerdo y se puso imperceptiblemente en mi contra. Me fue revelando de a poco que me culpaba por una vida que ella no había imaginado. Por supuesto, me quiso hacer creer que se quedaba porque su mamá le estaba ayudando a tejer cosas para todo el primer año de nuestro hijo. Yo, en cambio, quería volver a mi casa.

Reorganicé una segunda pieza pequeña que habíamos llenado con papeles que me había traído de

Santiago. Pinté la pieza con los tarros que mi suegro se consiguió. Quedó bien, pero era una pieza fría, pelada. No tenía nada más que ponerle, así que un día me fui a la casa del vecino más cercano, don Clemente, un campesino viudo, para preguntarle si tenía algún mueble que le sobrara. Nunca había ido a su casa, así que me impresionó que tuviera una pared tapizada de libros, clásicos en general y muchos libros de historia y economía, todos con las hojas húmedas y polvorientas. En vez de preguntarle directamente por los muebles, esa visita se transformó en una larga conversación que duró toda la tarde y una noche. Así supe que don Clemente no era tan viejo como mostraban sus arrugas profundas. Me contó que después de terminar la escuela primaria en Santiago se fue a trabajar con un compañero de curso al puerto. Relató algunos episodios con algunos poetas y con los jóvenes anarquistas. De trabajar en el puerto pasó a ser revolucionario. En una manifestación mataron a uno de sus amigos, sólo uno entre tantos jóvenes regados por el piso. Recordaba también los balines de las milicias pagadas por los dueños del puerto, pero no la sangre. Allí aprendió que hay cuerpos que mueren por balas que no sangran. Se subió al primer barco que encontró y allí estuvo escondido veintiocho días hasta que lo encontraron alimentándose de ratas. El capitán del barco lo quería echar, era un tipo rudo que parecía haber

pertenecido a una familia aristocrática, pero el marinero inglés que lo había encontrado le dio algo que hacer y se integró a la tripulación. Así conoció Venezuela, Panamá, California, China, islas innumerables, países que no están en los mapas y lugares míticos. Cuando se murió el Tío como le decía al capitán del barco, él se fue con el marinero inglés a recorrer el Oriente próximo, África del Norte, y luego cruzaron hacia España. Don Clemente se quedó, mientras su amigo volvió a Inglaterra. Don Clemente trabajó en un cementerio, en un hotel, en una fábrica de piezas para microscopios, en producción de detergentes y de nuevo en un puerto que describió como muy famoso. Hasta que un día logró comprarse un pequeño barco que le permitía acarrear mercancías. Como había aprendido inglés y griego, y balbuceaba el turco, el hebreo, el árabe y el islandés, además del castellano, pudo llegar hasta donde otros no llegaban. Compraba cosas en el magreb y las vendía en pequeños pueblos de lugares menos exóticos. Así, empezó a florecer su negocio, tal vez demasiado, porque alguien con poder se enteró y le quemó la casa que se había construido en una isleta griega. Después lo obligaron a acarrear sustancias ilícitas y contrabandos. Andaba siempre asustado, así que un día vendió su barco y volvió a Chile, directamente al lugar donde estábamos ahora. Convivió con la única mujer soltera del lugar,

una mujer madura con la que nadie había querido casarse porque no podía tener hijos. Hace algunos años ella había logrado engendrar, pero niño y mujer murieron en el parto.

Salí de su casa habiendo perdido un día de trabajo, pero con la promesa de obtener los muebles y trastos que se estaban pudriendo en una pieza que hace años no abría. Caminaba en dirección de mi casa, alucinado con sus palabras, borracho por el vino y despierto por el primer calor del amanecer. A mitad del camino no pude evitar sentir que me habían metido el dedo en la boca. Estaba detenido en medio del camino de tierra cuando escuché unas voces, risas, ruidos y ramas, no distinguía si era un pájaro o una mujer. Me acerqué hacia los arbustos que estaban detrás de unos alambres, los crucé y caminé silencioso. Pisé un palito justo cuando los ruidos se escucharon más fuerte; unas bandurrias salieron volando. Esperé. Ya no se escuchaba nada, tampoco se veía nada. Me di la vuelta, desilusionado.

Salía por entre los alambres cuando escuché el chillido de nuevo: era claramente una voz humana. Erguí la cabeza antes de tiempo y me arañé la coronilla con una de las puntas del alambre de púa. Mi cuero cabelludo sangraba, me di cuenta más tarde, cuando la costra apelmazaba mi pelo. No grité. En cambio, me acerqué y miré por los arbustos. De repente una pierna

y otra de un cuerpo diferente: cuatro piernas. Piernas flacas, desnudas, pantorrillas de niñas. Dos cuerpos, manos, cabezas. Dos bocas, una muy grande y otra muy pequeña, juntas, y sólo una mano que las separaba. Entre las hojas, reconocí a una de las niñas que iba a la escuela, tenía nueve o diez años. A la otra le veía sólo parte de su mejilla, la boca y todo su pelo negro. Se veía mucho más grande al lado de mi alumna. Se decían cosas que no alcanzaba a escuchar. De pronto la mayor quitó su mano y las bocas se juntaron; la menor abrió los ojos. Se quedaron ahí durante lo que me pareció mucho tiempo. Miré a ambos lados del camino, no venía nadie. La mayor le tocó el cuello a la menor, se separó de sus labios y ambas miraron cómo la mayor abría los botones de una blusa blanca que dejaba al descubierto un pecho plano que se movía hacia arriba y hacia abajo nerviosamente. La boca grande bajó hasta el botón rojo. Chupaba mientras continuaba abriendo la blusa hasta abajo. Continuó sus besos hasta que metió su mano por debajo de la falda celeste. La mayor decía algo. Luego ella misma, sentada a horcajadas sobre la falda celeste, se sacó la polera. Sus pechos se desparramaron como los de una mujer. Se empezó a tocar las puntas rojas, cerró los ojos y empezó a agitarse sobre el cuerpo tieso de la menor que chillaba. No le importaba que alguien –que yo– la pudiera escuchar. De repente la menor se lanzó hacia un

lado, se paró, le pegó una patada a la otra niña como si fuera un perro, y salió corriendo en mi dirección. Ciega, corría con la blusa colgándole desde la cintura. Yo me tiré hacia los arbustos. ¿Me había visto? Me arrastré hasta la reja, la crucé y ni el miedo a ser visto me quitó la erección. Vi a la niña pequeña corriendo hasta el fondo del camino. Volví a mirar, esta vez desde más lejos. Vi a la mayor con la mano entre sus piernas. Se retorció. Una figura humana apareció en la curva, un hombre. Salí al camino y anduve. El hombre se acercaba hasta donde estaba la mayor. Yo miraba hacia atrás, pues quería asegurarme de que el hombre pasara al lado de la niña sin verla. Me senté tras una fila de zarzas que me permitían ver donde estaba la niña del pelo negro y que a la vez harían posible que me fuera fácilmente por los campos hasta mi casa sin ser visto por el hombre. Él se paró como si supiera dónde, cruzó la reja y se paró en el mismo punto donde yo había estado hace algunos minutos. Estuvo quieto. Yo me levanté impaciente. Caminé decidido a ir hasta allí. Luego dudé: me había visto hacer lo mismo, pero existía una posibilidad de que no supiera que quien miraba era yo. Si iba, él sabría que era el profesor. Además, ¿era ella realmente una niña? Pensé en Clara, que llegaba la próxima semana. Pensé en que era un invitado en ese lugar. Me di vueltas y caminé hasta mi casa.